



Presentador

ALEJANDRO RODRÍGUEZ DE LA PEÑA

Catedrático de Historia Medieval de la Universidad
CEU San Pablo.

Muy buenas tardes. Es un inmenso honor poder presentar a doña María San Gil, que va a ser quien nos dirija ahora la palabra en esta sesión.

En principio, una presentación de una persona a la que uno admira siempre es difícil. Uno podría hacer un breve repaso de su trayectoria, especialmente de la vida pública. Su paso por el Grupo Popular, en el Ayuntamiento de San Sebastián, concejala de Desarrollo Económico, Empleo y Comercio; teniente de alcalde en 1999; fundadora de la plataforma Basta Ya, junto a Fernando Sabater, Rosa Díez, Carlos Martínez Gorriarán y Maite Pagazaurtundúa; presidenta del Partido Popular de Guipúzcoa, en el año 2000; 2004, presidenta del Partido Popular del País Vasco; candidata a lehendakari en 2005.

En 2008 se retira de la política activa, debido a discrepancias con la estrategia de la dirección del Partido Popular en ese momento. Ahora es vicepresidenta de la Fundación Villacisneros, directora del máster de esta universidad, el título de experto en liderazgo y compromiso cívico. Podría hablar de su lucha en la Fundación Villacisneros, pero eso sería una presentación muy aséptica, muy estándar, y creo que no haría honor a la figura a la que tengo el enorme privilegio de presentar. Por cierto, quiero agradecer al director del Congreso, que me haya dado esta oportunidad. Uno no tiene muchas oportunidades en su vida de presentar a alguien que tenga una trayectoria como la de María San Gil y, además, en esta casa, ya lo sabe, se la quiere muchísimo. Es una persona que nosotros admiramos

y queremos. Luego, una presentación así aséptica, simplemente de enunciación de sus méritos, creo que quedaría muy fría.

Yo debo decir que tengo personalmente serios reparos con buena parte de nuestra clase política. Admiro a muy pocos políticos, quizá porque soy historiador y soy católico, y el Evangelio es muy exigente y muy pocos políticos están a la altura de esa exigencia. Además, como historiador conozco muchos grandes hombres y mujeres de la historia, lo que lo hace más difícil aún. De hecho, uno de los lemas de los historiadores es el nihil admirari, no admirar a nadie. Es un lema del historiador.

Resulta que sí, que me ha tocado presentar a alguien a quien admiro. Yo sé que a ella esto –me lo ha dicho antes– le pone nerviosa que se le diga, pero es la realidad.

Quería subrayar cuatro aspectos de su vida que a mí me llaman mucho la atención. Uno, que es licenciada en la Universidad Pontificia de Salamanca, en Filología Bíblica Trilingüe. Es decir, que es humanista. El griego, el latín, el hebreo, y yo que soy medievalista y trabajo el latín, son lenguas que cualquier persona que conozca su dificultad impone un enorme respeto. Debo decir que una entrevista publicada en 2017 le preguntaron: *“¿Alguna vez has imaginado qué hubiera sido de María San Gil, si en lugar de en el ayuntamiento su primer trabajo hubiera sido en la universidad?”*. Ella respondió: *“No, la verdad es que, como ya he dicho antes, he tenido una vida profesional en la política de la que me siento muy orgullosa, a pesar de tanto dolor y tanto sufrimiento”*. A fe mía que puede estar orgullosa de la opción que tomó, entre otras cosas, porque le tocó vivir los años duros, los años de la socialización del sufrimiento, en los cuales le tocó vivir como a su jefe, el concejal Gregorio Ordóñez, que le pegaron un tiro en la nuca en su presencia, un 23 de enero de 1995, a las 3:30, en el restaurante La Cepa, en la parte vieja de San Sebastián. Le tocó vivir Miguel Ángel Blanco, que, si a mí me afectó, me imagino que para ella debió ser algo terrible. Le tocó vivir el secuestro de Ortega Lara.

En fin, le tocó vivir una serie de cosas en primera línea y nos hizo sentir a todos los españoles muy orgullosos de ella. También me sentí muy orgulloso cuando vi que, en 2008, contra lo que a veces suelen hacer algunos políticos –y cito una entrevista con ella–, decidió que por encima de la estrategia estaban los principios, que cuando la estrategia se impone a los principios deja de tener sentido estar en política.

Por tanto, hay un ejemplo de integridad moral. Visto lo que luego ocurrió, además de clarividencia, porque hizo muy bien en hacer lo que hizo, visto lo que luego sucedió. Debo decir, y esto es muy personal, no

representa al Congreso lo que voy a decir ahora, pero es lo que yo pienso, que el hecho de que figuras como tú y como Jaime Mayor Oreja como Rosa Díez como Nicolás Redondo Terreros, no estéis en la política activa, es un síntoma alarmante de la decadencia de la vida política española. Una nación en la que los mejores tienen que elegir entre ser fieles a sus principios o el servicio público es una nación a la deriva.

Por último, he tenido ocasión de trabajar cuando era director del Instituto de Humanidades con ella. Colaboramos en una serie de actividades en la Fundación Villacisneros y el Instituto de Humanidades del CEU. Debo decir que yo la conocía de la televisión, como todo el mundo, una figura pública, y luego descubres que es una persona tan auténtica, sencilla y humilde como aparenta ser en la televisión, lo cual tampoco es habitual. Es decir, que me pareció una persona tan estupenda o más que la persona pública, la figura pública.

Desde esa fundación está luchando para que los años oscuros de ETA reciban la luz que deben recibir, que los criminales no sean blanqueados y que en los ámbitos oficiales y mediáticos no se practique la equidistancia entre Ortega Lara y Otegi.

En esa batalla está, entre otras muchas. Basta por ahora con decir que alguien con esa trayectoria, que no es nada habitual, merece ser escuchada.

Muchas gracias por aceptar nuestra invitación. Tiene la palabra.